

CADENA DE DEBILIDADES

TAMBIEN yo tengo una debilidad, también yo soy hombre. Los deseos de mi graciosa amiga la señorita Mari Popescu son para mí órdenes, a las cuales me someto con tanta más alegría cuanto que veo que mi amiga no abusa nada de la influencia sin límites que sabe bien que ejerce sobre mí... Ahora, ¿qué cosa me pide?

Estimado amigo:

Sé que eres amigo del profesor Costica Ionescu y que éste no está en situación de rehusarte un favor. Te agradecería en el alma si obtuvieras de él que calificara con un 7 en latín al alumno Mitica Georgescu, de la clase 4.^a del Liceo X... Sin ello el muchacho, que es pariente próximo mío, tendrá que repetir el año, lo que sería una gran contrariedad para su familia (una de las mejores) y para mí un gran pesar.

Con los más afectuosos saludos para tí de tu buena amiga

MARI POPESCU

¡Ah! ¡Con qué gracia irresistible y cuán bellamente sabe ordenar! ¡Y qué bien se ha encomendado! Ionescu también tiene debilidades porque es hombre. Me aprecia y no está en situación de rehusarme nada. Rápidamente me lanzo a un coche y voy a casa de Ionescu, el profesor de latín.

—Querido Costica, vengo a ti seguro de que me complacerás. Sé que puedo contar con tu amistad y no me permito dudar un momento que el



caso presente, de que voy a hablarte, comprendas que es una cuestión que me interesa en sumo grado, y si no estuviera convencido de que tú, que me has demostrado siempre, sin desmentirlo nunca, un afecto que se puede decir que yo, a mi vez..., en fin...

—En fin—dice Ionescu—comprendo. No es necesario que des tantos rodeos. Vienes a interceder por algún majadero alumno mío.

—No es un majadero, Costica, es un muchacho de una familia de las mejores y es pariente mío.

—¿Quién sabe qué clase de gandul será este animalote!

—No es verdad, querido Costica, es un muchacho muy formalito. ¡No me hagas quedar mal! Acudo a tí seguro de que me atenderás. Sé cómo puedo contar con tu amistad y no me permito dudar un momento que en este caso de que hablamos comprenderás que es una cuestión...

—¡Ea, no te esfuerces! Sabes que te estimo. ¿Qué necesidad hay entre nosotros de frases huecas? ¿Qué nota quieres que le dé al perillán de tu protegido?

—Un siete, querido Costica.

—¿Cómo! ¿Aunque no sepa nada ese zopenco?·

—¡Vaya con lo que sales ahora! Dices que no sabe; como si fuera el primero o hubiera de ser el último que pasa sin saber. Te lo ruego, querido Costica, si el muchacho tuviera que repetir todavía un año sería una gran contrariedad para su familia—una familia de las mejores— y para mí un gran pesar...

—¡Ah, la irresistible petición amistosa!—dice Costica— ¡Qué bien sabes tú ordenar! ¡Bueno, también te concedo esto y le doy al majadero un siete!

—Gracias, querido Costica, lo recordaré siempre.

—¿Cómo se llama?

Yo busco apresuradamente en el bolsillo el escrito de Mari Popescu... no lo tengo... y digo a Costica.

—¡Un momento!

Salgo disparado, salto al coche y llego a casa... en casa no encuentro el escrito... marchó a casa de la señorita Popescu.

—Mi graciosa amiga, el asunto marcha bien, he obtenido del profesor la nota deseada, pero ahora tengo necesidad de saber el nombre de tu protegido. ¿Cómo se llama el joven?

—Te he puesto el nombre en el escrito.



—Sí; pero tu escrito lo he extraviado en casa entre otros papeles, y como el asunto es urgente, para no perder el tiempo buscándolo he acudido a ti. ¿Cómo se llama?

—¡Caramba!, no me acuerdo—dice mi amable amiga—. Porque la verdad es que la señora Preotescu, una buena amiga mía, a la cual estimo mucho y a la que no puedo negar nada, me ha rogado que te escriba porque sabe que me estimas mucho y nada me rehusas y eres amigo del profesor Ionescu que te aprecia mucho y no está en situación de rehusarte nada.

—Entonces, ¿qué he de hacer?—digo.

—Ve a la señora Preotescu y preguntale cómo se llama el muchacho que me ha recomendado para que te lo recomiende a ti.

—Te beso las manos.

Voy a la señora Preotescu... y digo:

—Señora Preotescu, excuse que venga a molestarla. Ha recomendado Vd. a mi amiga Mari Popescu un joven para que me lo recomiende a mí, para que yo lo recomiende a mi amigo Costica Ionescu, el profesor...

—Sí.

—Bueno, ¿cómo se llama?

—¿No se lo ha escrito Mari?

—Sí, pero he perdido el escrito, y la señorita Popescu ha olvidado cómo se llama y me ha enviado a Vd. para que me lo diga.

—Pues... la verdad... no me acuerdo, porque yo tenía apuntado el nombre en una notita que dejé a Mari. Pero podemos buscar a la señora Diaconescu (vive aquí cerca) que es la que me lo ha recomendado, porque sabe cuánto me estima Mari, que Vd. no le rehusa nada y que a Vd. tampoco le rehusa nada el profesor Ionescu.

—Entonces—digo—¿qué hacemos?

—Aguarde un poco que envío a llamar a la señora Diaconescu. Está aquí al lado.

...No espero mucho. Viene la señora Diaconescu, pero... ¡fatalidad! La señora se encuentra en la misma ignorancia del nombre del joven protegido nuestro. La nota se la dió a su amiga Preotescu.

—¿Qué he de hacer?

—Ir a ver a la señora Iconomescu.

Y voy a la señora Iconomescu, de allí a la Sachelarescu, a continua-



ción a la Piscupescu... Por fin he llegado a la fuente... el joven es su sobrino, el hijo de su hermana la señora Dascalescu. Se llama Mitica Dascalescu.

Nada nos rehusamos. La señora Piscupescu a la señora Dascalescu, la señora Sachelarescu a la señora Piscupescu, la señora Iconomescu a la señora Sachelarescu, la señora Diaconescu a la señora Iconomescu, la señora Preotescu a la señora Diaconescu, la señorita Popescu a la señora Preotescu, yo a la señorita Popescu, a mí el amigo Costica Ionescu... Corro a ver a Costica Ionescu.

—Querido Costica, no me desatiendas... vengo a ti seguro de que no me negarás lo que te pido, ya sé que puedo contar con tu amistad y no dudo ni un momento...

—Hombre, déjate de tonterías.

—Si le das la nota siete, como me has prometido...

—¿A quién, amigo?

—A Mitica Dascalescu.

—¿Mitica Dascalescu! No recuerdo que tenga algún alumno con tal nombre.

—¿No puede ser!

—Veamos.

Lo mira en la lista.

—No. No tengo ningún Mitica Dascalescu en el curso elemental. Te has confundido. Seguramente es del curso superior.

Corro... pero esta vez directo a casa de la señora Piscupescu.

—Señora Piscupescu: ¿En qué clase ha de examinarse su sobrino?

—En la clase sexta.

—¡Ah, bien!—digo yo.

Y vuelvo rápidamente a casa de Ionescu. Digo:

—Mi Mitica Dascalescu está en la clase sexta.

—Entonces no es la mía. Es la de Georgescu. ¿Conoces a Georgescu?

—No. ¿Tú no le conoces? Es tu colega.

—Pues, sí. Me estima mucho y no está en situación de rehusarme nada.

—Entonces—digo yo— te ruego que me ayudes, sé que puedo contar con tu amistad y no me permito...

—Bueno. Tienes un coche y he de ir aprisa a ver a Georgescu.

—¡Vamos!



Llegamos. Espero en el coche a Ionescu, que vuelve al poco rato.

—Has tenido mucha suerte, porque hemos llegado en el momento preciso. Si tardamos un cuarto de hora, a las dos se marchaba con la lista a la escuela a pasar las notas a las actas. Tu protegido tenía un tres.

—¿Y ahora?

—Un siete.

Hay que ver, pienso yo, lo que significa un retraso de algunos minutos; cómo puede perjudicar a un muchacho. Que quedara suspenso un Mitica Dascalescu con tanto como le aprecia su mamita la Dascalescu, a la que tanto aprecia la Piscupescu, a la que aprecia la Sachelarescu, a la que aprecia la Iconomescu, a la que aprecia la Diaconescu, a la que aprecia la Preotescu, a la que aprecia la muy graciosa Popescu, que tanto aprecio yo, que a mí vez...

Ion Luca Caragiale, que vivió entre los años 1852 y 1912, ha sido uno de los escritores rumanos más celebrados y conocidos. Es autor de varias obras teatrales muy eslinadas y en ellas como en sus novelas, cuentos y bosquejos, muestra su inspiración para la sátira graciosa. Es escritor costumbrista que muchas veces, como nota Raula, nos recuerda a nuestro Larra. Alguno de sus cuentos ha sido traducido al castellano. De sus *Momente si Schite* elegimos el presente, hasta ahora no vertido a nuestro idioma.

(Nota y traducción de Manuel Batlle)

